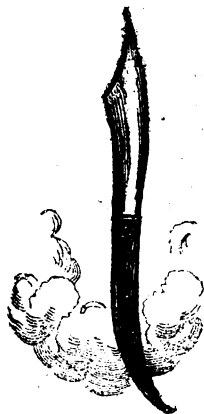


MANUAL
DEL
BARATERO,

ó

ARTE DE MANEJAR LA NAVAJA ,
EL CUCHILLO Y LA TIJERA DE LOS JITANOS.



MANUAL

DEL

BARATERO.

✓
MANUAL
DEL
BARATERO,

6

ARTE DE MANEJAR LA NAVAJA ,
EL CUCHILLO Y LA TIJERA DE LOS JITANOS.



MADRID: 1849.

IMPRENTA DE D. ALBERTO GOYA.

Memorial Library
University of Wisconsin - Madison
728 State Street
Madison, WI 53706-1494

Mem.
GV
1111

AUH3191

1518810

M36
1849

PROLOGO.

Quizá habrá algunos que al ver el presente Manual lo recibán malamente, suponiendo perjudicial su aparición, por ser la navaja el arma propia de los barateros, de los tahúres y de otras ciertas jentes de vida airada, las cuales deberían mas bien ignorar que aprender unos preceptos que redundarian en daño suyo, y por consiguiente en el de la sociedad. A los que tal dijeren, podremos contestar manifestándoles que, cuando en esta sociedad hay ciertos males irremediables para los cuales no bastan los preceptos de la relijion, ni los tratados de la moral mas sublime, ni sirven las leyes, ni alcanzan nada las medidas mas eficazes; conviene adoptar un medio á fin de hacer que dichos males sean menos crueles, y es aleccionar á aquellos hombres honrados y pazíficos que puedan verse acometidos inícuamente por los que hacen alarde de destreza en el manejo de las armas, y escudados con esta ventaja acuden al insulto y á la ofensa por la cosa ó palabra mas insignificante ó por puro placer de hacer daño.

Leyes represivas contra el duelo tiene la legislación española, tratando de estirpar esta bárbara costumbre que nos legaron los tiempos caballerescos, y en verdad que nada ha podido conseguirse; pues estamos viendo diariamente apelar á ese combate que llaman de honor á los hombres encargados precisamente de vijilar por el cumplimiento de las repetidas pragmáticas, órdenes y códigos que lo proibien.

No basta que haya personas inteligentes y virtuosas que se levanten contra los desafíos, llamándolos el *recurso de los bribones y de los hombres inmorales*; y en vano se han formado en otros países mas ilustrados que el nuestro asociaciones respetables á fin de acabar con ellos, empleando todos los recursos que puede dictar el amor mas acendrado á la humanidad. El duelo continúa; y hemos visto *con escándalo* no hace mucho tiempo, que las leyes se desprecian por los mismos que las establecen.

«Guardaos, ha dicho Rousseau, hablando contra el duelo, de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupacion feroz que pone todas las virtudes en la punta de una espada, y que solo es propia para hacer valientes infames. ¿En qué consiste esta preocupacion? En la opinion mas estravagante y bárbara que entró jamás en el espíritu humano, á saber, que los deberes de la sociedad se suplen con el valor;

que un hombre no es pícaro; bribon ni calumniador, y por el contrario es político, cortés, bien educado y humano cuando sabe batirse; que la mentira se trueca en verdad, en honradéz la perfidia, y se hace laudable la infidelidad en el momento que se sostienen con el acero en la mano; que una afrenta queda reparada siempre bien por medio de una estocada; y que nunca se comete una sinrazon con un hombre con tal que se le mate.»

Véase aquí un poco de lo mucho que se ha dicho contra el desafio, y sin embargo de todo no faltan en nuestros dias escritores que publiquen tratados apolojéticos defendiéndolo, sin cuidarse de que sus doctrinas estén en oposicion con las leyes. ¿Qué demuestra esto? la insuficiencia de dichas leyes, y el triunfo de las doctrinas de los duelistas.

Tolerado pues, el desafio, se hace necesaria la enseñanza del arte de manejar las armas para que sus efectos sean menós sensibles; ha habido una necesidad de instruir al débil para que sepa defenderse de las demasias del fuerte; y desde tiempos muy lejanos hay hombres que llevan el título pomposo de *Maestro mayor de los reinos*, otros que se dicen *Segundos tenientes*, y por último los simplemente nombrados *Maestros de armas*, los cuales llaman á la coleccion de sus preceptos *El nobilísimo arte de la esgrima*.

Esos maestros de esgrima ó de destreza, como se llamaban en lo antiguo, establezen sus *palestras* aun en los sitios mas públicos, y dan en ellas sus lecciones, sin que la autoridad, protectora de la vida de los ciudadanos, destruya esas cátedras de las cuales no han de salir sinó verdaderos homicidas; y véase aquí una contradicción entre una ley que proibe el desafío, y otra que autoriza ó da carta de ecsámen á los preceptores públicos de florete. ¿Qué otra cosa son esos *asaltos* dados aún por personas del sexo femenino, sinó escuelas, cuyos maestros enseñan á alcanzar triunfos con sangre humana? ¿De qué hace alarde la llamada señorita Castellanos en sus sesiones de florete? de saber matar. ¿Por qué se permite la enseñanza del tiro de pistola? porque hay ocasiones en que conviene usarla en defensa propia.

Luego, si aun conociéndose que és un mal atróz el desafío hay que tolerarlo, y conviene que se enseñe el modo de batirse; si nadie se escandaliza ni se levanta contra un tratado de esgrima, ni contra sus preceptos, antes por el contrario estos forman parte de la buena educacion de las altas clases, y no es uno cumplido caballero si no sabe empuñar un florete ó dar sablazos; si todo esto sucede, no hallamos razon para que alguno mirase con repugnancia la enseñanza de la navaja, y mucho mas cuando nos proponemos dar preceptos á los hombres honra-

dos para que sepan usarla como arma defensiva. Es indudable que no serian tan temibles ciertas jentecillas de navaja si se supiesen parar sus golpes; y una prueba de ello es, que cuando dos personas se desafian al florete, como ambas lo sepan manejar, por lo regular la pelea no suele traer funestas consecuencias. La navaja es un arma usada jeneralmente en España por la clase trabajadora, y nos choca sobremanera esa aversion con que la miran los que pertenecen á clases mas elevadas. Aprendan pues á manejarla para ciertas ocasiones así como aprenden el uso de las demás armas, y conocerán la utilidad de nuestro Manual. Si se nos dice que es el arma con que los barateros imponen la ley en los garitos y sacan la contribucion forzosa á los jugadores, diremos tambien que lo es del hombre honrado y pazifico que se encuentra acometido por un ratero, por un truan, y que no tiene otro medio de defensa que ella y su corazon. La navaja en fin, es el arma propia, como ya hemos dicho, de la clase trabajadora, del arriero, del trajinero, del artesano, del marinero, y un instrumento tan indispensable que muchos no pueden estar sin él. En vista de esto, vamos á fijar aquí las reglas necesarias para su mejor manejo en esos casos que se llaman de *honra*.

Además, si hay quien escriba tratados especiales de esgrima y del tiro de todas las ar-

mas para los caballeros, para los nobles, para los hombres de guante blanco y paletó, nosotros escribimos para el pueblo, para los hombres del pueblo, para esos de manos endurecidas y callosas á quienes los señores llaman *la canalla*, y sin la cual valdrian bien poco; y escribimos para los hombres del pueblo, porque estos tienen tambien sus desafíos, casi siempre mas repentinos, mas bruscos, sin padrinos ni testigos, ni otras zarandajas ni pamemas usadas en los duelos aristocráticos y de jente llamada decente.

Por último, escribimos tambien este Manual por si de nuestros conocimientos quieren valerse esos espadachines de profesion, los cuales aunque perfumados y vestidos de ricos trajes, están muy lejos de tener mejor conducta y moralidad que los hombres de chaqueta y palo, y son muchas vezes mas dignos de castigo que los héroes de los garitos, entre quienes no es extraño encontrar rasgos particulares que están en contradiccion con su vida truanesca y peleadora.

M. d. R.

INSTRUCCION

PARA MANEJAR LA NAVAJA.



La instruccion para manejar la navaja se divide en cuatro partes.

La primera comprende el mecanismo del arma y las diferentes posiciones.

En la segunda se analizan las guardias, y se explica el modo de acometer al contrario, dando una lijera idea de las varias suertes que se ejecutan, y de las tretas.

En la tercera se enseña el modo de manejar el cuchillo (1).

Ultimamente, en la cuarta se enseña el manejo de las tijeras entre los jitanos.

La primera parte se divide en once lecciones, la segunda en doce, la tercera en seis, y la cuarta en dos, del modo siguiente.

PRIMERA PARTE.

Leccion primera... De la navaja.

Leccion segunda... Sus nombres mas usuales.

Leccion tercera..... Posiciones ó plantas.

Leccion cuarta..... Modos de acometer y defenderse.

Leccion quinta..... Del terreno.

(1) Bajo el epigrafe de «*Instrucción para manejar la navaja*» comprendemos aquí el manejo del cuchillo y las tijeras, á fin de que encuentren mayor claridad los lectores.

- Leccion sexta.....* De los jiros y modos de hacerlos.
Leccion sétima..... De los contrajiros.
Leccion octava..... Cambios.
Leccion novena..... De los golpes.
Leccion décima..... De los quites y huidas.
Leccion undécima. De los recursos.

SEGUNDA PARTE.

DE LAS VARIAS SUERTES QUE SE EJECUTAN AL JUGAR LA NAVAJA.

- Leccion primera....* Guardias.
Leccion segunda... Golpes de frente.
Leccion tercera..... Golpes de costado.
Leccion cuarta..... Corridas.
Leccion quinta..... Molinete.
Leccion sexta.. Lanzar la navaja.
Leccion sétima..... Pases de mano y de sombrero.
Leccion octava.. Recortes.
Leccion novena.... Suerte de la culebra.
Leccion décima.... Engaños.
Leccion undécima. Tretas.

TERCERA PARTE.

- Leccion primera....* Del cuchillo.
Leccion segunda... Posiciones.
Leccion tercera..... Golpes, modo de lanzar el puñal.
Leccion cuarta..... Quites y huidas.
Leccion quinta..... Recursos y tretas.
Leccion sexta..... Defensas del cuchillo ó puñal.

CUARTA PARTE.

- Leccion primera..* De las tijeras.
Leccion segunda... Modo de manejarlas entre los
jitanos.

INSTRUCCION DE LA NAVAJA.

PARTE PRIMERA.

LECCION PRIMERA.

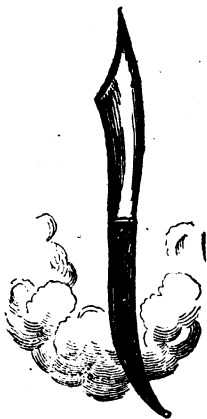
DE LA NAVAJA.

Siendo la navaja un arma demasiado conocida en nuestro país, no cansaremos á nuestros lectores con una minuciosa esplicacion de su sencillo mecanismo. Bastará saber que las hay de diferentes tamaños, y que no todas son á propósito para nuestro objeto.

En España hay varios pueblos notables por la buena calidad y temple que dan á las hojas de las navajas, siendo de admirar el agudo filo en que rematan y que no se quiebra ni se tuerce despues de haber atravesado dos pesos duros ó una tabla del grueso de dos pulgadas. Albacete, Santa Cruz de Mudela, Guadix, Solana, Mora, Bonilla, Valencia, Sevilla, Jaen y otros muchos puntos tienen maestros de herrería, de cuyas manos salen obras mejor acabadas en ese jénero

que las que puede producir el extranjero, y que recomendamos á los aficionados. Pero como la figura de la navaja no siempre es adecuada para el uso que le habremos de dar en el curso de nuestra esplicacion, diremos que la hoja deberá tener á lo mas un palmo de longitud, y estar per-

fectamente segura entre las cachas, prefiriéndose la navaja de muelle á otra cualquiera.



La figura de la hoja es de gran interés, pues no con cualquiera puede arriesgarse el diestro á tirar todo golpe indistintamente. Así, pues, será la elejida de mucha panza ácia el extremo de la punta, teniendo de tres á cuatro dedos de latitud ó sea de anchura, y con punta algo prolongada, para dar los *floretazos*; todo segun indica la presente figura.

LECCION SEGUNDA.

DE LOS NOMBRES QUE RECIBE LA NAVAJA.

La navaja recibe varios nombres entre las personas que la manejan. Nosotros no pondremos aquí todos, y si solamente los que se encuentran mas en uso, pues cada provincia le suele dar uno.

En Andalucía la llaman la *mojosa*, la *chaira*, la *tea*, y en Sevilla á las de mucha longitud las

del Santolío; pero en los presidios y cárceles, y entre los barateros de Madrid y otros puntos es conocida con los nombres de *corte*, *herramienta*, *pincho*, *hierro*, *abanico*, *alfiler* y algun otro. En nuestras lecciones la llamaremos con el jeneral de navaja.

LECCION TERCERA.

DE LAS POSICIONES O PLANTAS.

El diestro en el manejo de la navaja tiene su primera posicion ó planta, del mismo modo que en el de la espada y sable, que se llama guardia. Despues de tomar la navaja con cualquiera de

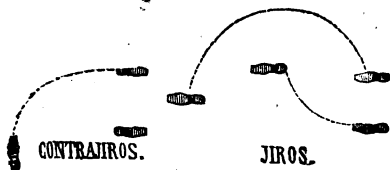


las manos colocando el dedo pulgar sobre el primer tercio de la hoja, cuyo corte deberá caer ácia la parte de adentro, se plantará en guardia á respetable distancia de su contrario, mas bien lejos que cerca, con la mano desocupada pegada al cuerpo por la parte de la cintura y delantera del vientre, y en disposicion de recoger la navaja cuando se quiera hacer un *cambio*; los pies y piernas los colo-

cará á igual distancia del contrario, un poco abiertas, y de modo que le dé todo el cuerpo de frente, como se ve en la presente figura y de

lo cual, si aquel no hace un *contrajiro* ó una *huida*, será herido indudablemente.

Para hacerlos por el lado izquierdo, se jira sobre el pie derecho, teniendo cuidado de colocar en el mismo instante la navaja en la mano izquierda con la que se ha de dar el *golpe*; si no es que ya estuviere anteriormente en dicha mano.



LECCION SÉTIMA.

DE LOS CONTRAJIROS.

Los *contrajiros* no son otra cosa que los mismos *jiros* que hace el diestro que es acometido con uno de ellos, cuidando que sean al revés del que le hacen; es decir, si le viene un jiro por el lado derecho, jira sobre el pie del mismo lado, y huye el costado acometido ácia la parte atrás, librándose así del golpe y pudiendo *atra-car* á su contrario jeneralmente por la parte posterior del pecho. El jiro es siempre avanzando, el *contrajiro* retrocediendo. De manera que un jiro tirado es destruido con un *contrajiro*, el cual es á su vez destruido con un segundo jiro, y este con un segundo *contrajiro*, y así sucesivamente; es la suerte mas bonita y de mejor perspectiva que presenta el manejo de la navaja. Véase el grabado anterior.

LECCION OCTAVA.

CAMBIOS.

De los varios modos que hay de tirar á la navaja, es el mejor y mas seguro el que se verifica con ambas manos, es decir, pudiendo usar de cualquiera de ellas para su manejo, aunque algunos colocan en uno de los brazos la capa, manta ó chaqueta, ó bien el sombrero en la mano. Pero además de tener muy pocas ventajas esta manera de tirar, trae consigo muchas desventajas que deben tomarse en consideracion. Efectivamente, si atendemos á la facilidad con que puede variarse la vista del contrario con el sombrero en la mano, y al obstáculo que este presenta, á manera de escudo, á los golpes que



vienen al diestro, seguramente que debiéramos adoptar como mas á propósito esta antigua costumbre de ponerse en guardia ó de tirar á la navaja; mas si nos detenemos á ecsaminar las muchas contras y hasta perjuicios que se siguen de no

poder ejecutar los cambios ni acometer sino es por el lado de la mano armada, al mismo tiempo que la esposicion y riesgo en que se encuentra el diestro ó tirador en la guardia que ecsije esta manera de tirar, como representa esta figura, deduciremos sin duda alguna que el me-

dio mas seguro y de mas recursos es usando de ambas manos para el combate, ó sea una mano armada y la otra desarmada y libre, pero en disposicion de poderse armar tomando la navaja de la otra mano que quedará á su vez desarmada.

Es tal la velocidad que se necesita en esta suerte, que se llama *cambio*, que puestos en combate los dos tiradores, apenas la vista del uno puede pënetrar en qué mano del otro se halla la navaja; y de aquí el no arriesgarse á acometer sinó con una lijereza mayor, que la que en igualdad de circunstancias se necesitaria para la otra manera de tirar que arriba hemos refutado.

No entiendan por eso nuestros lectores que reprobamos en todas ocasiones el que el diestro ocupe una mano con el sombrero; por el contrario lo admitimos en algunos casos, considerando que es mas bien una suerte especial del arte, que una escuela aislada, sin embargo de ser tenuta por tal entre algunos.

Para usar de esa suerte durante el combate, cuidará el diestro de no quitarse el sombrero de la cabeza y de que no caiga al suelo en las varias corridas y huidas que haga, con el objeto de apoderarse en ocasiones de él y colocarle en la mano desarmada, ó para arrojarle á los ojos del contrario ó finjirlo solamente, como mas adelante se dirá. Advertiremos de paso, que es de gran utilidad al diestro llevar faja á la cintura, ya para cubrir una parte del vientre y los vaćíos, y resistir de ese modo algun tanto por lo menos los *desjarretazos* y *viajes*, ya para ejecutar varias *tretas* con ella, y que en su respectivo lugar esplicaremos.

Cuando el diestro es citado ó provocado á re-

El diestro tendrá buen cuidado, si lleva capa, de arrojarla en sitio donde no pueda incomodarle enredándose entre sus pies; y de ningún modo refñirá con ella colocada sobre los hombros, pues le estorbaria muchísimo en sus movimientos, si bien le libertaria muchas veces de ser herido; pero aconsejamos á los peleadores que abandonen siempre la capa.

La capa se puede abandonar con prontitud y de manera que no trabe las piernas del diestro. Esta suerte consiste en hacer un pequeño encojimiento de hombros, al mismo tiempo que un sacudimiento leve con la parte media de los brazos; y la capa queda tendida en tierra en forma de media luna ó abanico, en cuyo centro se encuentra colocado el tirador. Este modo de libertarse de la capa sin riesgo de que se envuelvan los pies del diestro, tiene por objeto el no perder de vista al contrario, lo cual sucedería ciertamente si volviera la cabeza, como tendria que hacerlo para lanzar la capa fuera de su terreno; en cuyo caso se veria espuesto á ser acometido por su contrario aun antes que pudiera pestañear; debiéndose advertir que, por desgracia, no todos los que usan y manejan la navaja, tienen la jenerosidad y buena intencion que fueran de desear. Hacemos esta advertencia porque, como indicamos en el prólogo, no es la aficion que podamos tener al arte de tirar á la navaja y el deseo de jeneralizar su enseñanza, lo que nos mueve á escribir este Manual; es solamente el que tenemos de que los ignorantes de su manejo, se pongan al corriente de las reglas para cuando se vieren acometidos por los que abusan de él, del mismo modo que abusarian de cualquier clase de arma. Queremos

destruir toda preocupacion, poniendo de manifesto y al alcance de todas las personas, las diferentes suertes del arte y los medios, algunas veces reprobados y de mal jénero, de que se valen los tiradores para reñir con los que no saben tomar la navaja en la mano. Con la lectura de esta *Instruccion* y una poca de práctica que facilmente se adquiere, podrá cualquier almibarado señorito defenderse cuando menos del ataque mas brusco de un baratero.

LECCION NOVENA.

DE LOS GOLPES.

Colocados los tiradores uno enfrente de otro y con las navajas en mano, tratará cada uno de herir á su contrario, ó lo que es lo mismo, comenzarán á obrar las manos ó sean los *hierros*, con la ayuda de los movimientos de pies, que es lo mas esencial para dar los *golpes*.

Varias son las clases de *golpes* que pueden resultar de las diferentes posiciones y suertes que se ejecutan al tirar á la navaja; y reciben distinta denominacion segun la manera y sitio en que se dan, aunque todos están comprendidos bajo la jeneral de *golpes* ó *puñaladas*.

Ante todo diremos que el cuerpo del diestro tiene dos partes que se llaman la *parte alta* y la *parte baja*.

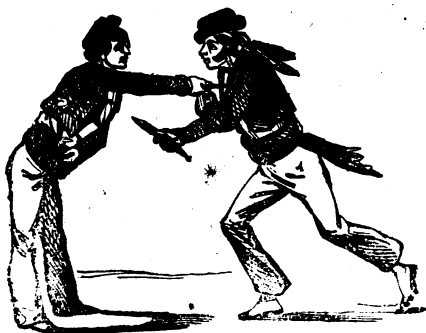
Por *parte alta* se entiende todo el medio cuerpo comprendido desde la cintura hasta la frente inclusive.

Por *parte baja* se entiende todo el medio cuerpo comprendido desde la cintura hasta los

pies. De manera que los golpes serán *altos* ó *bajos* segun que den en la parte alta ó en la parte baja.

Si la *puñalá* ó *mojá*, como dicen los jitanos, se da en cualquier punto de la estension del vientre, se dice á esta suerte *atracar*, y al golpe se le llama *viaje*; así suele decirse entre los barateros «*vamos á echar un viaje*» por «*vamos á reñir* ó «*á darnos una puñalada.*»

Cuando uno de los tiradores se arroja demasiado sobre el otro, este puede muy fácilmente herirle solo con estirar velozmente el brazo y presentarle la punta de la navaja en la parte alta las mas veces, cuyo golpe recibe el nombre de *floretazo*, y ninguno mas adecuado por la semejanza que guarda con la estocada que se dá con el florete en igual circunstancia, como se ve en las siguientes figuras.



No siempre el *floretazo* se dá en la parte alta, pues hay una suerte, que ocupa el primer lugar entre las mas seguras y de écsito mortal, que re-

quiere ese mismo golpe en el centro de la *parte baja*;—el modo de hacerla se dirá oportunamente.

El *jabeque* ó *chirlo* es el golpe dado en la cara, el cual imprime en ella un sello de ignominia para los barateros; pues en efecto, de todos los golpes que en riña puede el diestro recibir, ninguno hay que con mas verdad manifieste su poca destreza, y revele el desprecio con que le ha tratado su contrario.

A la accion de herir en la cara se le llama *enfielar*.

El golpe dado en la parte alta y detrás de los vacíos por encima de las costillas, tiene por nombre *desjarretazo*; y es uno de los que prueban la habilidad del que le tira, abriendo algunas veces con una ancha herida, la columna vertebral, llamada vulgarmente espinazo. Es mortal, y se da jeneralmente en los *jiros*.

Se entiende por *plumada*, el golpe ó puñalada tirado de derecha á izquierda describiendo jeneralmente una curva.

Llámase *revés* el golpe tirado con la mano vuelta ácia fuera y de izquierda á derecha.

La *plumada* y el *revés* segun van esplicados se entenderán tirados con la mano derecha; pues si lo fueren con la mano izquierda, la *plumada* será de izquierda á derecha, y el *revés* de derecha á izquierda.

LECCION DÉCIMA.

QUITES, HUIDAS.

Ya habrán conocido nuestros lectores que el arte de tirar á la navaja no está fundado en el

solo capricho de algunos presidiarios ó jentes de mal vivir, y que está por el contrario, sujeto á reglas y principios tan esactos como los de la esgrima y el sable. Cuando lleguemos á hablar de algunas de las *tretas* que se usan en el manejo de la navaja, daremos la razon á los mas encarnizados detractores de esta arma, en lo que toca á aquellas, por ser su mayor parte nacida de la mas descuidada educacion y de los mas innobles sentimientos; pero hasta entonces, y prescindiendo de hechos que reprueban los hombres que se tienen en algo, sea de la clase que quiera, sostendremos que el arte de tirar á la navaja merece ser considerado del mismo modo que el de todás las otras armas.

Esplicados ya los medios de acometer, y las varias suertes de *golpes* mas dignas de atencion, vamos á dar ahora la esplicacion de los *quites* que están en práctica para la defensa; parte muy esencial en todo manejo de arma blanca, pues sin ella sería nulo y de ningun valor cuanto se dijera relativo al modo de ofender.

Se cree por muchos que el medio mas seguro de tirar á la navaja consiste en tener el cuerpo continuamente en movimiento, suponiendo al diestro siempre brincando y siempre corriendo. Y nada hay seguramente con menos visos de veracidad: el diestro riñe con mucha calma y serenidad, y si bien salta grandes espacios y obra con prodijiosa lijereza, es cierto que lo ejecuta en ocasiones dadas y con muchísima oportunidad, moviéndose á veces sin salir de un círculo de tres pies.

La serenidad hace al diestro ser oportuno en los movimientos, y ésta solo se adquiere con el mucho ejercicio; de tal suerte, que llega á acos-

tumbrarse la vista á medir las distancias, y espera con tranquilidad y sin asustarse el golpe que le tira el contrario, cuando conoce que le ha de faltar una ó media pulgada para que alcance al cuerpo.

Si el golpe viene algo entrado en el terreno del diestro, se librará de él con encojer la parte del cuerpo amagada, y sin necesidad de huir ó brincar. Pero si la accion del contrario es para el diestro desconocida por su velocidad, ó el golpe que le tira se ha entrado hasta el centro del terreno, le esquivará con la huida brincando ácia atrás ó ácia un lado, á distancia suficiente para no ser alcanzado, y si pudiere ser, para alcanzar al que acomete; teniendo sumo cuidado de no caer sobre las plantas de los pies, y si sobre las puntas, con el objeto de no ser cojido en descuido y estar pronto para dar dos, tres, cuatro ó mas brincos.

Esta manera de *quitar* es la mas frecuente; pero hay otra que es mas arriesgada, aunque segura, si se acude á tiempo, y consiste en separar con el brazo desarmado el brazo armado del contrario cuando se aprocsima á herir. En los *floretazos* se ejecuta este *quite* con muy buen écsito, llegando á vezes á cojer por la muñeca el brazo del adversario; por eso advertimos que aquellos golpes deben tirarse muy rápidamente y en disposicion de cortar la mano ó brazo que va á *quitar*, usando al efecto un *cuarto de plumada*.

Tirando con sombrero, se hacen los *quites* con él, intentando desarmar con un fuerte choque la mano que acomete.

Tambien se hace con frecuencia una suerte de quite, que es la mas arriesgada de todas, y

es del modo siguiente. Cuando el brazo armado del contrario se aprocsima al terreno del diestro por la *parte baja*, este se libertará del golpe sacudiéndole una recia patada en los dedos que sostienen la navaja, que se le hará soltar dejándole desarmado. Hemos dicho que es suerte arriesgada, y así es la verdad; pues si fallase al diestro el golpe intentado con el pie, seguramente seria herido por el contrario de una manera terrible, que solo podria remediar, arrojándose al suelo y dándole al mismo tiempo una patada en el bajo vientre.

LECCION UNDÉCIMA.

RECURSOS.

Cuando al diestro no son suficientes las reglas dadas para libertarse del contrario, ó para acometerle, tiene necesidad de apelar á los *recursos*; llamados así porque dan salida muchas veces á lo que la destreza no ha podido hacer.

El arte de manejar la navaja ha establecido algunos que esplicaremos muy por encima, por pertenecer su mayor parte á lo que con el nombre de *tretas* va comprendido en la segunda parte de esta Instruccion.

Bueno es saber que son los *recursos* un *suple-reglas* que alcanzan á donde estas no; de aquí es que cada diestro pone en ejercicio los que mejor se le adaptan, ó los que él mismo ha inventado.

Daremos á conocer algunos *recursos*.

Pertenecen á la clase de *recursos*, los *engaños* ó *finjimientos* de que ya hablaremos.

El esconder el diestro sus dos manos detrás del cuerpo, para que el adversario no vea en cuál de ellas se halla la navaja, es un *recurso* de muy buen écsito, mayormente si al sacar la mano armada finje antes sacar la otra. Para hacer bien esta suerte bastará inclinar un poco el cuerpo por el lado del *engaño* y mover en la misma direccion el codo del brazo que engaña; pues el contrario se creerá acometido por aquella parte, y es muy natural que la huya, echando el cuerpo por la otra en la cual deberá recibir el golpe.

El dejarse caer en tierra con la naturalidad propia del que resbala, de modo que el contra-



rio no sospeche que hay *engaño*, es un *recurso*, que bien ejecutado puede asegurar el fin que el diestro se propone; porque creyendo aquel que este ha caído involuntariamente, puede de buena

fé arrojarle á él, el cual levantándose con presteza sobre una de las rodillas le recibe con la punta de la navaja hiriéndole en el bajo vientre, como representan las anteriores figuras. Es suerte que ecsije mucha lijereza en el diestro; de tal modo, que la hemos visto hacer dejando escapar al mismo tiempo la navaja, para mejor engañar al adversario, y en el acto de incorporarse recogerla del suelo y á bastante distancia.

La *caída* suele hacerse de espalda; y el medio de levantarse es apoyando un pie y la mano desarmada fuertemente en tierra, y con lo restante del cuerpo, dando un violento empuje, situarse en la posicion dicha.



PARTE SEGUNDA.

De las varias suertes que se ejecutan al tirar
á la navaja.

LECCION PRIMERA.

GUARDIAS.

YA han visto nuestros lectores en la primera parte de esta Instrucción, y con la extensión que cabe en un pequeño Manual como el presente, los principales medios de ofensa y defensa que tienen lugar en el ejercicio de la navaja; y decimos los principales medios, porque puede asegurarse que hay tantos como tiradores ó barateros, y fuera trabajo minucioso y difícil el dar una explicación completa de cada uno.

Conocidos, pues, los *golpes* y los *quites*, que son lo esencial á nuestro propósito; pasemos ahora á explicar el modo de ponerlos en ejecución, una vez colocados frente á frente los combatientes para reñir; es decir que enseñaremos cómo ha de obrar el diestro según la distinta *guardia* en que se ponga, y qué partido podrá sacar de los conocimientos adquiridos.

Es de tal manera notable lo mucho que la li-

jereza de ojos ayuda á toda clase de suertes, que estando en guardia el diestro puede aprocsimarse al contrario hasta tocar en su terreno, y por lo tanto arriesgarse considerablemente á ser herido, siempre que se proponga no permitirle mover el brazo armado; pues al mas insignificante movimiento que hiciese podria herirle en el mismo brazo, obligándole de esta manera á permanecer sin atacar. Esta suerte es de mucho peligro, porque para los dos combatientes solo hay un *terreno* donde ambos pueden herirse sin movimiento alguno de pies, y con estirar el brazo de la navaja.



El diestro se puede colocar en *guardia* usando de cualquiera de las *suertes*, pero con la es-

presa condicion de no olvidar un instante la posicion en que se encuentra, y de saber los puntos de su cuerpo espuestos al alcance del brazo armado del contrario.

Hemos visto algunas veces echarse en tierra al diestro, usando de esta suerte para *guardia*, y es en verdad una de las mas seguras y en la que tiene mas probabilidades de no ser *atracado*, sin riesgo inminente del contrario. El único medio fácil de acometer al que se presenta en esta *guardia* es recibiendo sus golpes con el sombrero en la mano.



Siempre que el diestro acomete á su adversario tiene que hacerlo por la *parte alta* ó por la *parte baja*, como dijimos en su lugar; y de aquí se sigue, que cuando tira un golpe se arriesga á recibir otro en la *parte* contraria á la que acomete; es decir, que si tira á la *parte alta* deja descubierta su *parte baja*, y si tira á la *parte baja* deja al descubierto su *parte alta*.

Se puede admitir como regla jeneral que el

momento oportuno en que el diestro debe de herir á su contrario es aquel en que, despues de haber tirado este su golpe, retira el brazo armado que no pudo *hallar carne*, valiéndonos de una espresion que usan los barateros. Es menester mucho aplomo, y aguardar con cautela aquel momento que se aprovechará sin demora; y si no se lograre el objeto, hay que retirarse de pronto y lo mas bajo posible para no ser acometido á su vez en el instante de la retirada.

LECCION SEGUNDA.

GOLPES DE FRENTE.

Vamos ahora á esplicar las puñaladas que tienen lugar en las varias suertes que se ejecutan confundiendo los *terrenos*. Parecerá extraño á muchos de nuestros lectores el que no hayamos hablado de ellas, al tratar de las diversas especies de *golpes* que hemos explicado en la primera parte de esta Instruccion; pero á esos les diremos, que preferimos esplicar en esta segunda parte los *golpes de frente* y de *costado* separadamente de todos los demás, porque despues de hablar en la leccion anterior de las *guardias*, creemos deber hacerlo en esta y la que sigue, de los *golpes* que se tiran con los movimientos que se saben ya.

Por *golpes de frente* entendemos los que se tiran los combatientes cara á cara y sin buscarse los costados ni usar de *tretas*. Puesto en *guardia* el diestro, se vá aprocsimando á su contrario hasta confundir los *terrenos*, y entonces levantando con presteza el brazo armado le tira una

plumada que llegará á herirle si no huye ó quita; lo que hará aquel estirando al mismo tiempo el brazo armado para dar un *floretazo*.



LECCION TERCERA.

GOLPES DE COSTADO.

Golpes de costado son los que se tiran los combatientes buscándose los vacíos y las costillas, y se dan en los *jiros*, *contrajiros* y muchas veces en las *corridas*.

LECCION CUARTA.

CORRIDAS.

La *corrida* es una de las suertes mas usuales entre los *tiradores*; y podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que es la mas esencial de este

arte, ya porque en sí encierra todas las maneras de acometer al contrario, ó como se dice entre los barateros, de *buscarle el bulto*, ya de defenderse ó huir el cuerpo. En ella se tira todá clase de *golpes*, ó mejor dicho, es el arte completo.

La *corrida* no es otra cosa que la descripción de un semicírculo hecho por cada uno de los combatientes en el acto de la riña; pero procurando siempre conservar la primitiva distancia hasta que llegue el momento de acometer, en cuyo caso habrá necesidad de entrarse en el terreno contrario y herir con cualquiera de los golpes conocidos.

La *corrida* se ejecuta marchandó por uno de los lados indistintamente y sin variar la primera posición de la guardia, unas veces por la izquierda otras por la derecha; pues siempre que uno de los *tiradores* ataca al otro, el acometido *jira* ó *huye* con la *corrida* por el lado opuesto, ó se sale del *terreno* brincando. De aquí resulta que los dos semicírculos que forman los combatientes, uno enfrente del otro, llegan á describir un círculo entero, mas ó menos perfecto, y de una variada visualidad.

Cuanta mayor lijereza tenga el diestro en sus pies, tanto mejor se ejecutará la *corrida*, porque como ya dijimos, este arte estriba mas en la agilidad y sangre fría del diestro que en ninguna otra cosa; pues aunque el uso es muy esencial, de nada serviría sin el auxilio de esas dos cualidades.

LECCION QUINTA.

MOLINETE.

Quando el contrario se arroja demasiado sobre el diestro, deberá este usar del *molinete*, que

consiste en levantar del suelo uno de los pies, y sobre el otro jirar todo el cuerpo en derredor con mucha velocidad, y parándole de pronto, estirar el brazo armado para dar un *floretazo* al que le acomete.

Téngase presente que es suerte muy peligrosa, y que la ocasion mas oportuna para ejecutarla es cuando el adversario tira el *golpe* por bajo, no debiendo hacerse cuando el golpe viene por alto; pues ya hemos dicho que el *floretazo* se tira casi siempre á la *parte alta*, y para ello se necesita que el golpe del contrario amague á la *parte baja*.

Si el diestro se halla muy *cerrado* por su parte alta, es decir, si es acometido por el contrario muy dentro del *terreno propio*, le recibirá bajando el cuerpo hasta colocarse con una rodilla en tierra y presentándole la navaja ácia el bajo vientre. Véase la figura de la leccion undécima, parte primera.

Tenemos que advertir que tanto en el *moli-*



nete como en los *floretazos* altos se espone el diestro á que le coja su brazo armado, el brazo desarmado del adversario, quien volviéndole con fuerza su muñeca ácia la garganta podrá herirle con su misma navaja.

LECCION SESTA.

LANZAR LA NAVAJA.

Entre muchos *tiradores*, y mas comunmente entre los marineros, se acostumbra lanzar la navaja al cuerpo del contrario, la cual llevan sujeta á la cintura con un largo cordon ó cadenilla de alambre.

Parecerá increíble á algunos de nuestros lectores la prodijiosa puntería con que hemos visto lanzar la navaja, dejándola clavada en el pecho ó vientre, y precisamente en el punto que la vista del diestro habia señalado; pero nada hay mas cierto, y tan admirable habilidad solo es comparable con la que manifiesta aquel á quien la navaja se dirige, llegando en muchos casos á libertarse del *golpe*, y hasta cojer el cordon que la sujeta y cortarle con la suya.

Nosotros á la par que admiramos tanta agilidad y destreza, aconsejamos á los tiradores que nunca usen de esta suerte por lo incierta y peligrosa que es; á pesar de haber hombres que la ejecutan con tal acierto, y que solo debe atribuirse al continuado ejercicio que en ello tienen desde muchachos.

LECCION SÉTIMA.

PASES DE MANO Y DE SOMBRERO.

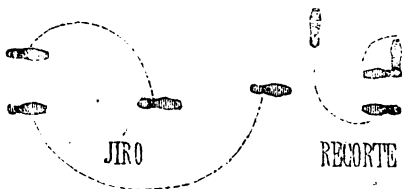
Puesto que ya hemos visto que la fijeza y prontitud de la vista es lo que mas contribuyen al buen manejo de la navaja, esplicaremos el me-

dio de que se valen los tiradores para obligar al contrario á variarla ó á cerrar los ojos. Despues que el diestro ha finjido ó tirado algunos golpes, y quiere desviar la vista del adversario para acometerle; en el mismo momento que lo hiciere, ó bien se pasará la mano desarmada por delante de los ojos ó por los de aquel, ó bien tomando el sombrero que llevará en la cabeza lo pasará una ó mas veces de la misma manera, en cuyo instante se arrojará sobre él por la *parte baja* á herirle en el vientre.

LECCION OCTAVA.

RECORTES.

El *recorte* no es mas que un *jiro*, con la diferencia de que el diestro al ejecutarlo da la espalda al contrario, mientras que el *jiro* requiere que se haga dando siempre el frente.



Tiene lugar cuando el diestro es acometido con un *jiro* ácia el espinazo, y es muy espuesto.

LECCION NOVENA.

SUERTE DE LA CULEBRA.

La suerte de la *culebra* consiste en arrojarse de pechos al suelo el diestro que la va á ejecutar, y apoyado en la mano desarmada ir andando ácia el terreno del contrario á herirle en su bajo vientre con *florètazo* ó *plumada*.

LECCION DÉCIMA.

ENGAÑOS.

Todo *golpe* puede ser verdadero ó finjido.

Se llama verdadero, cuando la intencion del que le tira, es herir á su adversario.

Es finjido, cuando el diestro lo marca solamente con el fin de engañar y cojer desprevenido á su contrario.

Así, pues, en las *puñaladas de frente*, se finjirá el golpe á la parte baja, para poder herir con acierto en la *parte alta*, y vice versa; pues amagado el diestro por alto acudirá naturalmente al mismo punto con su navaja, si no conoce el engaño, y quedará descubierto por lo bajo á donde irá el golpe verdadero; y amagado por lo bajo acudirá allí con su mano armada, yendo entonces el golpe á lo alto y jeneralmente á *enfielar*.

Se puede establecer por regla jeneral, que todo golpe verdadero puede convertirse en *golpe*

finjido ó sea *engaño*, y todo golpe *finjido* convertirse en golpe verdadero.

Se pueden igualmente *finjir* los jiros y *contrajiros*, y así el diestro, por ejemplo, hará uno *finjido* por cualquier lado, con el cual, *engañado* su contrario hará el *contrajiro* correspondiente, presentando de este modo descubierto el lado á donde irá el golpe verdadero.

LECCION UNDÉCIMA.

TRETAS.

Hemos llegado al punto en que con razon nos pondremos de parte de los que aborrezan el manejo de la navaja. Seguramente que si no atendiésemos á otra cosa que á lo que resulta del uso de algunas *tretas* que ponen en práctica ciertos tiradores, debiéramos acusar de inmoral y altamente innoble su ejercicio; pero ya han visto nuestros lectores las reglas fundamentales que hemos dado en el curso de nuestras lecciones, y conocerán que no todo en el arte de tirar á la navaja es vil y reprobado, y que por el contrario se le debe considerar sujeto á principios jenerales como el de cualquiera otra arma. No quisiéramos nosotros que, por la relacion de varias *tretas* de que se valen muchos hombres degradados y cobardes, se formase una idea equivocada de los *tiradores* de navaja, cuando el abuso que de ella hacen aquellos no pertenece al arte; los que así obran con la navaja obrarian del mismo modo con un florete ó con un sable. Por lo tanto nos abstenemos de indicarlas por lo repugnantes que aparecen á nuestros ojos, y por lo

distante que están del objeto que nos propusimos al escribir este *Manual*; mas no nos es posible al mismo tiempo, prescindir de hablar de algunas que creemos adaptables en casos de apuro, ó que conviene que las evite el hombre acometido injustamente.

Ya hemos dicho en la primera parte, que con la faja que el diestro debe llevar á la cintura se ejecutan algunas tretas, y así es la verdad. En las varias *corridas* que se hacen en riña, cuando el diestro quiere practicar una treta con su faja, no tiene mas que soltar el extremo de ella y dejarla arrastrar por el suelo, de manera que su contrario fácilmente la pise, en cuyo caso tirando velozmente de ella le hará caer en tierra ó tropezar malamente.

Otra treta se ejecuta con la faja, y es: llevando en el extremo de ella dinero, piedras, ó cualquier cosa que la haga bastante pesada, la arrojará el diestro con violencia á las piernas de su adversario, el cual se encontrará trabado y sin poder moverse, quedando en disposicion de ser herido.

El sombrero se arroja á la cara del contrario, y es treta de muy buen efecto.

Algunas veces el diestro recoge un puñado de tierra, si en el lugar de la riña la hubiere, y le tira á los ojos del adversario, yéndole á *atracar* sin demora.

El diestro puede tambien pisar con uno de sus pies otro del contrario, y es treta de buen écsito si no se evita.

Puede tambien el diestro dar á su contrario una fuerte patada en el vientre, ó enredar con sus piernas las de aquel, haciéndole dar en tierra.

El diestro puede desviar su vista de la del contrario, y dirijirla ácia la parte de atrás de éste, el cual creyendo que mira á alguno que está á su espalda, vuelve la cabeza y en el punto es *atracado*.

«*Tente, que vas á tropezar*» dice el diestro á su contrario, con el objeto de que se dirija á mirar al suelo, y en el acto le hiere.

Por último, son tantas las tretas que emplean los tiradores, que se necesitaria mucho tiempo para esplicarlas todas; y así nos contentamos con haber puesto las mas comunes y jenerales.



PARTE TERCERA.

LECCION PRIMERA.

DEL CUCHILLO.

Poco tenemos que decir del *cuchillo* ó *puñal*, estando su manejo sujeto en la mayor parte á las reglas que hemos dado para tirar á la navaja. Solamente tendremos que advertir, que los golpes del cuchillo son siempre de punta, y que no reciben otro nombre que el de *puñaladas*.

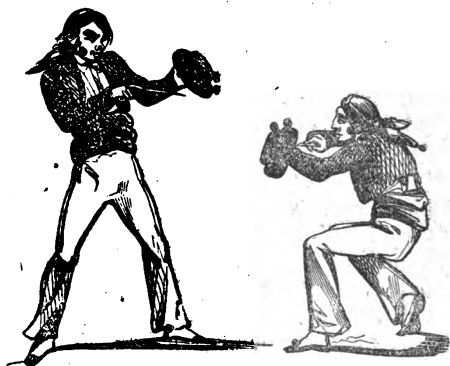
El cuchillo lo usan mucho los marineros; y en las cárceles y presidios es arma con la que cobran el barato frecuentemente los matones.

LECCION SEGUNDA.

POSICIONES.

La planta mas segura para manejar el cuchillo ó puñal es la que representan las figuras de la página siguiente. El cuchillo se toma con la mano derecha y de la manera que mejor acomode al diestro; en el brazo izquierdo se lia la capa, chaqueta ó manta, ó bien se coloca, como lo hacen los barateros, una red de cañas ó un cuero de bastante resistencia, con lo que se paran las puña-

ladas y se cubre la vista del contrario. La planta no es la misma que se usa en el tiro de navaja, pues en el manejo de cuchillo se coloca el diestro con el brazo y la pierna izquierda sacados al frente del contrario.



A falta de otra cosa con que cubrir el brazo desarmado se usa poner el sombrero ó gorra en la mano. Por lo demás es igual en un todo á lo que se ha dicho para la navaja.

LECCION TERCERA.

GOLPES, MODO DE LANZAR EL PUÑAL.

Los golpes con el cuchillo ó puñal se dan siempre con una mano, es decir, que no hay *cambios*, y por lo mismo van dirigidos ácia el lado desarmado del contrario, cuidando de herir en el costado izquierdo, que es lo mas seguro.

Los *jiros* tambien se ejecutan con muy buen

écsito, aunque solamente tienen lugar los del lado derecho, como igualmente el *contrajiro* izquierdo.

El cuchillo se lanza al cuerpo del contrario estendiéndole sobre la palma de la mano y con el mango ácia fuera; y así puesto, se arroja con ímpetu y se lo clava, á no ser que huya el cuerpo brincando ó echándose en tierra.

LECCION CUARTA.

QUITES, HUIDAS.

Los *quites* y las *huidas* son esactamente iguales á los del manejo de la navaja;--obsérvese lo que va explicado en aquel lugar.

LECCION QUINTA.

RECURSOS Y TRETAS.

Véase lo que dijimos al hablar de los *recursos* y *tretas* de la navaja.

LECCION SESTA.

DEFENSAS DEL PUÑAL.

Si en alguna ocasion se encontrase el diestro sin cuchillo, como suele suceder, y se le presentase uno de los muchos hombres que hay de mala intencion con un puñal ó cuchillo en la mano, en este caso no ha de huir, pues le estará mal; lo que debe hacer es esperarle en guardia de sombrero por el lado derecho, pero sin él y con el brazo levantado, de manera que la mano

esté aun mas alta que la cabeza, descubriendo todo el pecho, como lo manifiestan las siguientes figuras; y cuando el contrario le tire la puñalada, se defenderá el diestro dándole con la mano un golpe en la muñeca, y si puede ser agarrándosela por debajo; y si no, no desunirse, y al mismo tiempo huir el pie izquierdo formando con el cuerpo concavidad, y levantando el derecho



para sentarle detrás del izquierdo de su contrario; haciendo centro en el izquierdo, le echará la mano izquierda al codo, procurando hacer todos los movimientos sin temor, y muy prontos, y se logrará la defensa. Y si hallándose el contrario en esta disposicion por haberle salido fallida su resolucion, se fuese á retirar para volver á acometer, el diestro en aquel mismo tiempo le ayudará á levantar, empujándole para que su mismo instrumento le sea en su perjuicio.

PARTE CUARTA.

LECCION PRIMERA.

DE LAS TIJERAS.

Los jitanos son los únicos que manejan esta clase de arma, sin duda porque jeneralmente dedicados al tráfico y comercio de caballerías la llevan consigo para esquilar las mulas y pollinos. Hay tambien esquiladores aragoneses.

Escusamos describir aquí su mecanismo, pues ninguno de nuestros lectores dejará de conocerle.

LECCION SEGUNDA.

MODO DE MANEJARLAS.

El modo de manejar las tijeras en riña, es igual al del cuchillo que ya hemos explicado; y solo tenemos que añadir que, cojidas por el centro que forman sus cuatro patas cuando están abiertas, la herida que causan es comunmente con las dos puntas, y siempre mortal.

Nada mas tenemos que decir del manejo de esta arma que no vaya dicho en el de la navaja y en el del cuchillo, teniendo en ella lugar su aplicacion, y siendo las reglas comunes á las tres armas.

EL BARATERO.

Tipos sumamente particulares tiene España que puede decirse no se encuentran semejantes ni aun parecidos en otras naciones; pero ninguno tan marcado como el baratero, ó sea el maton que saca un impuesto forzoso en los círculos de los tahúres que se llaman garitos. Este personaje truanesco nacido regularmente de la hez del pueblo, y criado en las cárceles y presidios, tiene con frecuencia un fin trágico, acarreado por sus azañas ya sea en medio de una playa ó de un hejido á manos de otro mas valiente ó mas afortunado que él, que le *arrebaña* el mondongo ante un público formado de charranes, soldados, ladrones y *gachés*; ya en el centro de una plazuela ó escampado, encima de un tablado de alguna elevacion y á manos del ejecutor de la justicia, el cual despues del *¿me perdonas?* consabido, le aprieta y descompone *la cañería del pan* con el mayor desenfado del mundo, aplicándole al cuello un *corbatín de Vizcaya*.

Tres son pues, las clases de barateros conocidos: el baratero de tropa, el de la carcel, y el de la playa; y vamos á hablar de ellos separadamente. El *baratero de tropa*, educado en los cuarteles y cantinas donde hizo su trabajoso aprendizaje, es conocido en el acto por su aire ternejal y de perdona-vidas, su apostura maja, siempre con un *pitoche* ó cigarro en la boca y otro sostenido

en la oreja, pelo mas largo que todos los soldados de su compañía, la gorra de cuartel ladeada, la casaca sin abotonar por el pecho, y el cuello de ella doblado ácia afuera, una mano en el bolsillo del pantalón y la otra colocada sobre la cadera y enseñando en el dedo meñique un anillo de latón; escupe por el colmillo y habla andaluz y *caló*, es muy moreno, casi siempre feo, y si es bizco, mejor; lleva el higote unas veces corto, y otras retorcido á lo borgoñón; habla guiñando el ojo y meneando una pierna. Es el *temeron* de la compañía, y el sarjento primero le releva de la mecánica del cuartel, porque en ocasiones necesita dinero, y el baratero le franquea su bolsillo, que está repleto, merced á las trampas y puñaladas en que es tan entendido, y le han alcanzado alto renombre y gran *poer* entre sus *camarás*. El *baratero* de la compañía es el mas holgazan de ella, sabe mal el ejercicio y desprecia completamente la ordenanza; pero en cambio maneja como ninguno la *herramienta*, juega á las *chapas* y á la brisca, al cané, á la treinta y una, bebe y triunfa, tiene moza, que es la cantinera del cuartel, y se hace obedecer de todos. En tiempo de campaña se bate como el primero, porque es valiente, y no queda el último para el *pillaje*, porque es largo de uñas.

En los pueblos donde pára, busca los garitos, y en ellos hace sus ensayos entre la jente mas perdida con quien se relaciona amistosamente, la cual suele pagar su cariño y simpatías con una paliza ó un par de puñaladas, que alcanza por alguna *fullería* no muy limpia.

Este baratero es enemigo nato de los paisanos, á quienes llama patrones; por un quitame allá esas pajas mete mano al primero que topa y

que él cree le ha *diquelado* con malos *clisos*, y arma un zipizape de todos los diablos. El coronel se enterá del escándalo y le mete en un calabozo, del que sale á los dos dias mas *terne y echao pa alante* y en disposicion de *armarla* con *cualquiera*. Pega una paliza diaria á su querida, y la abandona por la del cabo furriel, que se viene con él, y á quien corta la *fila* á la primera infidelidad que le hace.

Cuando el rejimiento pernocta en alguna poblacion, es visitado el *baratero* de cada compañía por los barateros que hay allí, que muchas veces son desertores de presidio que se hallan ocultos sin *olfatearlo* la justicia; se llaman *camaráas* ó *compares*, y van á beber juntos unas copas ó *cañilas* que se tiran á la cara á la mas pequeña contradiccion ó jesto desabrido; se salen á la calle, y empuñando los *alfileres*, se tiran dos ó tres *mojadas* que sirven para que la amistad eche entre ellos hondas raizes; se presentan mutuamente en los garitos en que *mandan* ó *comen*, pero con la espresa condicion de no *inquietar á naide*, ni querer cobrar los *chavos* donde los cobra su *camará*.

Sigamos con el *baratero de la carcel*. Este es del jénero mas temido de todos. De muchacho ha sido matachin, en cuyo oficio aprendió todos los modos de *destripar*; las horas que tenia libres, que eran las mas, se entretenia en saquear los bolsillos del prójimo elegante, ó de cualquiera que le deparaba la suerte indistintamente; conocia á la primera ojeada al patan ó paletó; engañábale bajo cualquier pretexto y le *espantaba* los *parnéas*, sin que lo advirtiera, los cuales iba á jugar al cané con otros muchachos á quienes ganaba lo que tenian, á fuerza de trampas y de ame-

nazas obscenas. Si á pesar de todo era él el perdidoso, allí de su jenio y sus manos, tiraba del pincho y lograba que á la fuerza le entregáran sus caudales, lo cual le iba dando nombradía entre los pilletes y *gatería* de la ciudad. Así fué aumentando en años y picardías, dejando el pabellon bien puesto en las tabernas, cárceles y garitos, donde su fama era colosal. Por último, sentada ya su reputacion, y haciéndose temer de todos los ternejaes del matadero, lo llevaron por vijésima vez al *estarivél* sus fechorías y mala lengua. Puesto en él, no se contentó con una posicion brillante entre los presos, sinó que aspiró á mas y lo alcanzó: estaban jugando en el patio á las chapas como una veintena de ellos, y mi hombre llega al corro, tose de una manera particular, y con voz ronca y sosegada pregunta, mirando de reojo á una enorme navaja que estaba hincada en el suelo:

—¿De quién es esa friolera?

—*Mia*, repuso el dueño de ella con un jesto que daba horror, y *naide come aquí sinó yo*.

—*Pues, camará, me jace mal al estómago y la quieó gomitar*; y dándola con el pie la hizo rodar un buen trecho por el suelo.

Allí fué Troya, ánimas benditas! el que cobraba los *chavos* defendió valientemente su derecho adquirido, pero no tanto que mi *Chato* (algun nombre le habremos de dar), entrándole la *herramienta* por el vientre, no le echára el cuajar al aire con grande admiracion de tan honrados circunstantes. Desde entonces es el *baratero* de la cárcel y nadie le tose, cumpliendo con su deber sin que mala *mui* le quite la honra.

¿Quereis, lectores curiosos, conocer al buen *Chato* entre aquella multitud que se rebulle en el

patio? Mirad, allí á la derecha, entre aquel corro de pelgares..... ya dísteis con él. Su estatura es mas bien pequeña que alta, ancho de espaldas, la fisonomía repugnante y estúpida, muy more-



no, grandes patillas y largos tufos sobre la frente que lleva recojidos ácia un lado, y algo caídos sobre la ceja izquierda. Su traje está en completa proporcion con su figura; ancho pantalon de pana verde sostenido en la cintura por una disforme faja de estambre, que es á la vez su pequeño maletín en donde guarda los dineros, la tea y la baraja; calza alpargatas ó borceguies de becerro bastante grotescos; está comunmente en mangas de camisa, y lleva atado al rededor de

la cabeza un pañuelo de yerbas que le dá un aspecto siniestro y horripilante. Escusado es decir que su querida, que es una *lúmia*, está en la galera, y su padre concluyó sus días á manos del verdugo de Valladolid, en cuyo canal dejó fama de hombre de *malas tripas* y *mu campechano*.

Cuando el buen Chato arma un escándalo en la *Casa de poco trigo*, y llega á entrar el alcaide para registrar á los presos y buscar las navajas, jamás se la encuentra, aunque le mande desnudar. Sábelas esconder como ninguno, ya pegada con pez en la planta del pie, ya metida en el ano, burlando así la sagacidad del calabozero.

Los *barateros de playa*, si bien no tan desalmados como el Chato, son sin-embargo de intenciones perversas, y suelen llegar á ser matones de las cárceles y presidios; pues en realidad en nada se diferencian, siendo unas las costumbres y una la idea del *honor* que ellos se han formado, que tambien los barateros dicen que tienen *honor*; aunque para nosotros su honor vale tanto como el que sacan los ladrones de su villana profesión.

Agachados debajo de la proa de un falucho barado á la orilla de la mar en la playa de Málaga, se hallan cuatro ó seis charranes con sus cenachos al lado: una barajilla sucia y mugrienta, que por su estado pegajoso suelen llamarla allí de *arropiero*, y en Castilla de *turronero*, corre de mano en mano. El juego que los entretiene se llama ya el cané ó ya el *pecao*. En la arena hay algunos cuartos de los que *meten*. Su mirar es inquieto y zozobroso, porque temen la llegada repentina de un alguacil, que arrebañando la *mesa* consigue además cojer á alguno y dar con él en la carcel. Pero en los *alreores* no se dica

ninguno, y el juego continúa con sus blasfemias é interjecciones correspondientes.

De pronto y sin saber cómo, se asomó al corro una cabeza que llevaba calado un gorro encarnado algo descolorido: la cara de aquella cabeza era atezada, tenía unas patillas de *boca de jacha*, grandes y pobladas cejas. La susodicha cabeza pertenecía á un cuerpo alto, robusto, en cuya cintura se liaba una faja moruna, y de cuyo hombro izquierdo pendía una chaqueta forrada de bayeta encarnada; era un baratero.

—Ahí va eso, dijo el jaqueton tirando al corro una cosa liada en un papel de estraza en que antes se había envuelto pescado frito; era una baraja.

Uno de los charranes le mira al rostro, recoge los naipes y se los devuelve al maton, diciéndole:

—Estimando, camará, nojotros no nesesima-
mo jeso.

—Chiquiyo, le repone el héroe del Perchél, venga aquí el barato, y..... sonsoniche!

Los charranes recojen los chavos y se levantan mirando al *cobraor* con aquel aire pillesco y zumbon, propio de los de su clase. Al maton se le *ajuma el pescao*, alza la mano y *quíé pegá-les*, pero uno de ellos da un salto atrás, desembucha una tea, y sin andarse en piquis miquis, zás! le pega un metío que da con el baratero en tierra.

Las olas del mar bañan á poco rato un cadáver.....

Pero pasado unos dos meses, se oía por las calles de la poblacion una campanilla y la voz de un hombre que decia: «para hacer bien y decir misas por el alma de un pobre que van á ajusticiar.»

A fin de perfeccionar el cuadro anterior, trasladamos aquí la linda composición del distinguido poeta don Manuel Breton de los Herreros, titulada

EL BARATERO.

Al que me gruña le mato,
que yo compré la baraja:
¿está osté?
Ya desnudé mi navaja:
lárgue el coscón y el novato
su parné,
porque yo cobro el barato
en las chapas y el cané.

Tiemblan sarjentos y cabos
cuando me pongo furioso:
¿está osté?
En donde yo campo y toso
no hay ternejales, no hay bravos,
¡chachipé!
porque yo cobro los chavos
en las chapas y el cané.

* A naide temo ni envidia:
soy mu feroz y mu cruo:
¿está osté?
Y si la ley del emburo
me echa mañana á presidio,
yo sabré
cobrar en Seuta el susidio
de las chapas y el cané.

Rico trujan y buen trago.....
¡Tengo una vida de obispo!

¿está osté?

Mi voluntá satisfago
y á costa ajena machispo,

¿y por qué?

Porque yo cobro y no pago
en las chapas y el cané.

Así camelo y recluto
el corazon de mi mosa:

¿está osté?

Y aunque ha peinao corosa,
seré su rey asoluto:

¡lo seré!

mientras me paguen tributo
en las chapas y el cané.

